

enconados que estaban los ánimos y de lo ardientes que eran las disputas, en ninguna de las dos sectas contrarias, ni en la secta de los nominalistas, ni en la secta de los realistas, divididas por querellas, las cuales muchas veces estallaban, mas que en argumentos, en palos. Nominalista él mismo, amigo aunque tibio de Aristóteles; allí donde las pasiones contrarias no podían llegar á ningun acomodamiento y las ideas contradictorias á ninguna síntesis; encontraba medios de conciliar los partidos mas opuestos y de reunir los pensamientos mas en lucha. Y aquí está, en obra de tal importancia, la característica de su genio y el secreto de su vocacion. Melanchton ha nacido en tiempo de guerra, en tiempo de lucha entre el feudalismo agonizante y la monarquía naciente, de lucha entre los nominalistas y los realistas, de lucha entre los platónicos y los aristotélicos, de lucha entre el Catolicismo y el Protestantismo, de lucha en las conciencias, de lucha en los espacios, de lucha en las iglesias, de lucha en los campos, de lucha en todas partes; y ha sabido guardar una moderacion de tal suerte tranquila, una paz en el alma de tal suerte serena, una aptitud para conocer las semejanzas entre las ideas y las simpatías entre los hombres, que mientras las exageraciones, tan aclamadas cuando los ánimos están enardecidos por la pelea, caen como flechas sin punta en torno suyo; sus obras de armonía quedan y quedarán siempre, á pesar del apasionamiento y de la ceguera con que las combatieron todas las escuelas y las rechazaron aun aquellos mismos á quienes mas debían favorecer, quedan y quedarán siempre, como la síntesis en que no solo se han resuelto los contrarios sino tambien se han reunido y se han apaciguado los ánimos.

Bien pronto su reputacion debía llenar toda la Alemania y granjearle el favor de las Universidades. Naturalmente el elector Federico, amigo de todos los hombres ilustres de su tiempo, debía llamarle á la Universidad de su fundacion, á la Universidad de Witemberg. Él mismo refiere las atenciones que á todo el mundo debía por entonces en Alemania. Una vez que llegó á Leipzick, obsequiáronle los doctores de sus escuelas con un banquete; en el cual, á cada plato de importancia, le pronunciaban un discurso de felicitacion. Contestó el jóven doctor á los dos primeros platos y á los dos primeros discursos; pero llegado el tercer manjar y la tercera arenga, no pudiendo resistir mas á la doble energía demandada por el público á su estómago y á su cere-

bro, volvióse, y dijo que, al fin de la comida contestaría en uno solo á todos los discursos, con lo cual abolió una ridícula é inveterada costumbre de la docta y extravagante Alemania. En la primavera del 1518, llegó á la Universidad de Witemberg. Naturalmente, lo primero que descubrió fué la eminenencia moral de aquel tiempo y de aquel sitio, el cerebro de Lutero. Los ojos de este le cautivaron, y le sometieron como cautiva la virtud viril de la fuerza por necesidad á las femeniles delicadezas de la gracia. Sintióse Melanchton, desde tal punto y hora, planeta de aquel sol; y á pesar de las tempestades que levantaba, de la órbita cometaria que seguía, de la guerra en que estaba ya empeñado, siguióle verdaderamente cautivo por la superioridad de aquel ingenio, que sabía combatir y mandar á un mismo tiempo. ¡Caso raro! Melanchton apareció mas grande á los ojos de Lutero que Lutero á los ojos de Melanchton. La abundancia de este en la palabra, la correccion clásica en la forma, el rico tesoro de sus varios conocimientos, la facilidad de improvisacion, el equilibrio de facultades capitalísimas, la armónica música de su palabra, la poética ternura de sus sentimientos, la inspiracion tan natural á su inteligencia como la miel dulcísima al cáliz de las flores, todas estas cualidades encantaban al hombre rudo, batallador, incoherente, incorrecto, sublime, que á veces amontonaba para llegar á las alturas y departir con las estrellas montañas de estiércol. Luego, el ánimo de Lutero, en el momento de la llegada de Melanchton, hallábase contrastado por una de esas crisis, tan frecuentes en su vida y tan naturales en su complexion. Despues de haber lanzado las tesis de sus Indulgencias, asustóse de sus estallidos, temió que el Emperador Maximiliano prestase el brazo civil á la justicia eclesiástica, y diese con su persona primero en la cárcel y despues en la hoguera. Temió mas, temió que el elector de Sajonia no pudiese defenderle, y tuviera que entregarlo á las iras sumadas y á las cóleras rabiosas del Pontificado y del Imperio. No brillaban, pues, los ojos de Lutero en este período de incertidumbre y de duda con los rojos arreboles de la tempestad; no sonaba su acento como suena el trueno; el temor á la propia obra le sobrecogía y el recelo de haber producido mucho escándalo atormentábale con crueles y terribles tormentos. El titan, que debía poner monte sobre monte para entrar en el cielo helado y derribar los ídolos decadentes de la Edad media, no llevaba en sus manos

las voraces llamas del Etna ni los terribles rayos de las nubes tonantes; achicado, encogido, receloso, próximo á un arrepentimiento, se parecía, sí, al águila, pero al águila en una jaula. Mientras tanto, Melanchton, lleno de juventud, de gracia, de elocuencia, de erudicion; seguido por los escolares, agasajado por los doctores, puesto en la cumbre de la gloria por la escuchada palabra de Erasmo, recomendado por Reuchlin, transformado é idealizado casi en el comercio continuo con las letras antiguas, oráculo del Renacimiento, lumbrera de la Alemania, sin enemigos y sin contradictores, parecía el astro primero de su tiempo, en torno del cual iban necesariamente á gravitar todas las altas inteligencias de Alemania. Pero bien pronto, el ardor de la lucha y las necesidades de la situacion harán que se sobreponga Lutero á Melanchton, y que este sea como la pálida luna y el mustio reflejo de aquel. Pero, á cambio de semejante posicion secundaria, ¡qué dulzura llevará al amargor de la vida de Lutero, qué lágrimas derramará sobre sus tempestades, qué melodía tan delicada en medio de los arrebatos del combate y de los gritos discordes que resonarán por todas partes en aquella guerra de los espíritus, en la cual se esgrimen con tanto encarnizamiento las pasiones y las ideas!

## CAPÍTULO XII

### PRIMERAS LUCHAS DE LUTERO CON LOS CATÓLICOS

Los combates primeros entre el revolucionario y los católicos se empeñan en lo mas esencial, así á la tradicion como á la Reforma, en el criterio indispensable para el conocimiento seguro de la verdad religiosa. En toda ciencia metafísica, el principio de la doctrina consiste en la indagacion del criterio indispensable al conocimiento de las verdades científicas. Para Lutero, toda la verdad cristiana se contiene en las Santas Escrituras, y se allega con la consulta y la frecuentacion de su texto. Para los católicos, la verdad se contiene en las Santas Escrituras, lo mismo que para Lutero, mas se allega y se conserva por medio del criterio de la Iglesia, de su tradicion escrita y oral, de sus interpretaciones continuas en las cuales no ha dejado ni un minuto de estar vivo el Espíritu Santo. Hé aquí, pues, uno de los grandes disentimientos entre el mundo católico y el mundo protestante, disentimiento que durará todo el tiempo que duren las dos Iglesias. Eck es el primero en salir á la defensa del criterio católico, y en asegurar que no basta, no, un texto sencillo para el conocimiento de la verdad religiosa, sino que se necesita el comentario perpetuo de los Padres, la voz sagrada de los oráculos que llevan los Pontífices, la ciencia de los doctores, todo aquello que constituye el espíritu secular y la vida tradicional de la Iglesia. Jesucristo ha dicho á los apóstoles que nunca, jamás se apartaria de ellos; y entre ellos se asienta eternamente, y con ellos vive, y á ellos entrega su espíritu en la estrecha comunión que tiene establecida y anudada con su Iglesia. Al mismo tiempo que Eck, escribía Prie-